

The background of the entire cover is a close-up photograph of two sunny-side-up eggs. The yolks are bright yellow and appear to be melting slightly, with some white egg white oozing around them. The whites are cooked and have a slightly bubbly, golden-brown edge. The background color is a solid, light teal or blue.

NOSOTROS

DAVID NICHOLLS

La nueva novela del autor de
Siempre el mismo día
(*One Day*)

DAVID NICHOLLS

NOSOTROS

Traducción de Aleix Montoto

Título original: *Us*

© David Nicholls, 2014

© por la traducción, Aleix Montoto, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

El extracto de la página 217 está sacado de *The Bookshop* de Penelope Fitzgerald, © 2015, Penelope Fitzgerald. Traducido del inglés con el permiso de HarperCollins Publishers Ltd

El extracto de la página 329 está sacado de *The Soul of Kidness* de Elizabeth Taylor, © 1964 the Estate of Elizabeth Taylor. Traducido del inglés con el permiso de Virago, una editorial de Little Brown Book Group, Londres, UK.

El extracto de la página 371 está sacado de *Far From the Tree* de Andrew Solomon, © 2012. Traducido del inglés con el permiso de The Wylie Agency (UK) Limited

Primera edición: febrero de 2015

ISBN: 978-84-08-13731-3

Depósito legal: B. 276-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Gráficas Estella S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera parte

INGLATERRA

La dulce costumbre de su mutua compañía había provocado que a ella le comenzaran a salir arrugas alrededor de la boca, arrugas que parecían signos de interrogación; como si todo lo que dijera hubiera sido dicho antes.

LORRIE MOORE,
Agnes of Iowa

1

Los ladrones

El verano pasado, poco antes de que mi hijo se marchara de casa para ir a la universidad, mi esposa me despertó en mitad de la noche.

Al principio pensé que lo había hecho porque había oído a unos ladrones. Desde que nos trasladamos al campo, mi esposa se había acostumbrado a despertarme al menor crujido, chasquido o susurro. Yo entonces intentaba tranquilizarla. Son los radiadores, le decía; las vigas contrayéndose o expandiéndose; son zorros. «Sí, zorros llevándose el ordenador portátil —contestaba ella— o las llaves del coche», y permanecíamos tumbados en la cama, atentos. Siempre existía la posibilidad de apretar el «botón de alarma» que había al lado de la cama, pero me sentía incapaz de hacerlo, por si la sirena molestaba a alguien (a un ladrón, por ejemplo).

No soy un hombre particularmente valiente ni mi físico resulta imponente, pero esa noche en concreto miré el reloj —eran poco más de las cuatro—, suspiré, bostecé y me decidí a echar un vistazo por la planta baja. Pasé por encima del inútil de nuestro perro y, palpando las paredes, fui de habitación en habitación para comprobar todas las ventanas y las puertas. Finalmente regresé al dormitorio.

—No hay nadie —dije—. Seguramente no era más que aire en las tuberías del agua.

—¿De qué estás hablando? —dijo Connie, incorporándose.

—Está todo en orden. No hay rastro de ladrones.

—No he dicho nada sobre *ladrones*. He dicho que creo que nuestro matrimonio ha llegado a su fin. Douglas, creo que quiero dejarte.

Me senté un momento en el borde de la cama.

—Bueno, por lo menos no hay ladrones —dije, pero ninguno de los dos sonrió ni tampoco nos volvimos a dormir.

2

Douglas Timothy Petersen

Nuestro hijo, Albie, se marcharía de casa en octubre y muy poco después también lo haría mi esposa. Ambos acontecimientos parecían tan íntimamente ligados que no podía evitar pensar que si Albie hubiera suspendido los exámenes y se hubiera visto obligado a repetir curso, mi esposa y yo habríamos podido disfrutar de otro buen año de matrimonio.

Pero, antes de que siga hablando sobre esto y los demás acontecimientos que tuvieron lugar durante ese verano, debería contar algo sobre mí mismo y esbozar algún tipo de «retrato con palabras». No me extenderé demasiado. Me llamo Douglas Petersen y tengo cincuenta y cuatro años. ¿Ven esa curiosa *e* final en Petersen? Según me han contado, se trata del legado de algún tatarabuelo escandinavo, aunque nunca he estado en país escandinavo alguno ni tengo ninguna historia interesante que contar sobre ellos. Tradicionalmente, los escandinavos son rubios, apuestos, simpáticos y desinhibidos, pero yo no poseo ninguna de estas características. Soy inglés. Mis padres, ambos ya fallecidos, me criaron en Ipswich. Mi padre era médico, y mi madre, profesora de biología. Mi nombre,

Douglas, se debe al nostálgico afecto de mi madre por Douglas Fairbanks, el ídolo de Hollywood (se trata, pues, de otra pista falsa). A lo largo de los años se han referido a mí como Doug, Dougie o Doogie. Mi hermana, Karen, autoproclamada poseedora de la «auténtica» personalidad Petersen, me llama D., Gran D., *Dermano* o Profesor D. —el nombre que, según ella, tendría en prisión—, pero ninguno ha cuajado y todo el mundo me sigue llamando Douglas. Mi segundo nombre, por cierto, es Timothy, pero nadie lo utiliza demasiado. Douglas Timothy Petersen. De profesión, bioquímico.

Apariencia. Cuando hacía poco que nos conocíamos y nos sentíamos obligados a hablar constantemente del rostro y de la personalidad de cada uno, lo que *amábamos* del otro y todas esas cosas, mi esposa me dijo una vez que yo tenía una cara «absolutamente normal». Al advertir mi decepción, enseguida añadió que tenía unos «ojos realmente amables», lo cual no sé qué significa. Y es cierto, tengo un rostro absolutamente normal, unos ojos que tal vez son «amables», pero que también son demasiado marrones, una nariz de tamaño razonable y una de esas sonrisas que provocan que la gente no quiera hacerte una fotografía. ¿Qué más puedo añadir? Una vez, durante una cena con amigos, nos pusimos a hablar de quién haría de nosotros en una película sobre nuestras vidas. Nos reímos mucho comparándonos con varias estrellas del cine y de la televisión. A Connie, mi esposa, la relacionaron con una actriz europea muy morena, y, si bien protestó («es demasiado glamurosa y guapa», etc.), se notaba que se sentía halagada. El juego continuó, pero cuando llegó mi turno se hizo el silencio. Los invitados le dieron un trago a su vino y se llevaron la mano al mentón. De repente, todos fuimos conscientes de la música de fondo. Al parecer, yo no me parecía a ninguna persona famosa o singular de toda la historia de la humanidad; lo cual significaba, supongo, que, o bien era único, o bien todo lo contrario. «¿Quién quiere queso?», dijo entonces el anfitrión, y rápidamente pasamos a comentar los relativos méritos de Córcega sobre Cerdeña, o algo así.

En cualquier caso, tengo cincuenta y cuatro años —¿lo he dicho ya?— y un hijo, Albie, apodado Egg,¹ por quien me desvivo, pero que, a veces, me trata con un desdén tan total y absoluto que la tristeza y el pesar apenas me dejan hablar.

Se trata, pues, de una familia pequeña, casi exigua, y creo que todos sentimos a veces que quizá es demasiado pequeña y deseáramos que hubiera alguien más para encajar alguno de los golpes. Connie y yo también tuvimos una hija, Jane, pero murió al poco de nacer.

3

La parábola

Existe la creencia general de que, hasta cierto punto, los hombres se vuelven más atractivos con la edad. Si es así, yo estoy iniciando el descenso de esta parábola. «¡Hidrátate!», solía decir Connie al principio de nuestra relación, pero las posibilidades de que lo hiciera eran las mismas que las de tatuarme el cuello y, en consecuencia, ahora tengo el cutis de Jabba el Hutt. En camiseta tengo un aspecto lamentable desde hace años, pero, respecto a la salud, intento mantenerme en forma. Controlo lo que como para no acabar como mi padre, que murió de un ataque al corazón cuando aún era joven. «Básicamente, su corazón ha explotado», dijo el médico, a mi parecer, recreándose inapropiadamente en sus palabras. Y, en consecuencia, salgo a correr de forma esporádica y algo cohibido (pues no sé qué hacer con las manos..., ¿ponerlas a la espalda?). Antes me gustaba jugar al bádminton con Connie, si bien ella solía reírse de mí, pues el juego le parecía «un poco ton-

1. «Huevo» en inglés. (*N. del t.*)

to». Es un prejuicio común. El bádminton carece del atractivo que los jóvenes ejecutivos han proporcionado al *squash* o del romanticismo del tenis, pero se trata del deporte de raqueta más popular, y sus mejores jugadores son atletas de primer nivel y con instintos asesinos. «El volante puede llegar a los trescientos cincuenta kilómetros por hora», le decía en esas ocasiones a Connie mientras ella se partía de risa junto a la red. «¡Deja de reírte!» «Es que tiene *plumas* —contestaba ella—, y me da vergüenza golpear esta cosa con plumas. Es como si intentáramos matar un pinzón», y se volvía a reír.

¿Qué más? Por mi cincuenta cumpleaños, Connie me compró una bonita bicicleta de carreras que a veces conduzco por caminos cubiertos de hojas mientras contemplo la sinfonía de la naturaleza e imagino lo que un choque con un camión le haría a mi cuerpo. Por mis cincuenta y uno, equipamiento para correr. Por mis cincuenta y dos, un recortador de vello para las orejas y la nariz (un objeto que se adentra disimuladamente en mi cráneo como si de un diminuto cortacésped se tratara, horrorizándome y fascinándome por igual). El subtexto de todos estos regalos era el mismo: no te acomodes, intenta no envejecer, no des nada por sentado.

Pero es innegable: soy un hombre de mediana edad. He de sentarme para ponerme los calcetines, hago ruido cuando me pongo en pie y he desarrollado una inquietante consciencia de mi glándula prostática, esa nuez agazapada entre las nalgas. Siempre había creído que envejecer era un proceso lento y gradual, como el desplazamiento de un glaciar. Ahora me doy cuenta de que pasa de golpe, como la nieve al caer de un tejado.

En comparación, a sus cincuenta y dos años, mi esposa me parece tan atractiva como el día que la conocí. Si dijera esto en voz alta, ella replicaría: «No digas chorradas, Douglas. Nadie prefiere las arrugas, nadie prefiere el color gris». A lo cual yo contestaría: «Pero nada de esto es una sorpresa. Yo ya esperaba verte envejecer desde que nos conocimos. ¿Por qué debería molestarme? Es el ros-

tro mismo lo que amo, no su aspecto a los veintiocho, a los treinta y cuatro, o a los cuarenta y tres. Es *este* rostro en concreto».

A ella quizá le habría gustado oír esto, pero nunca he tenido la oportunidad de decirlo en voz alta. Siempre supuse que habría tiempo, y, en ese momento, sentado en el borde de la cama a las cuatro de la madrugada, ya sin el oído atento por si había ladrones, me pareció que era demasiado tarde.

—¿Cuánto hace que...?

—Un tiempo.

—¿Y cuándo vas a...?

—No lo sé. No ahora mismo; no hasta que Albie se haya ido de casa. Después del verano. En otoño. O quizá el año que viene.

Y finalmente:

—¿Puedo preguntar por qué?

4

A. C. y D. C.

Para que tanto la pregunta como la respuesta tengan sentido, puede que sea necesario algo de contexto. Instintivamente, siento que mi vida se puede dividir en dos partes: antes de Connie y después de Connie. Y, antes de que relate detalladamente lo que sucedió ese verano, puede que resulte útil contar cómo nos conocimos. Al fin y al cabo, ésta es una historia de amor. Y, ciertamente, en ella encontraremos amor.

La otra palabra que empieza con s

Solitario es una palabra problemática y no hay que utilizarla a la ligera. Incomoda a la gente, pues la relacionan con adjetivos más duros como *triste* o *extraño*. Siempre he caído bien, creo. Soy alguien apreciado y respetado, pero tener pocos enemigos no es lo mismo que tener muchos amigos, y resulta innegable que, por aquel entonces, aunque no era alguien exactamente «solitario», sí estaba más solo de lo que había esperado estar.

Para la mayoría de las personas, los veintitantos suponen el punto álgido de su sociabilidad. Es el momento en que se embarcan en sus primeras aventuras en el mundo real, encuentran una carrera, llevan vidas sociales activas y apasionantes, se enamoran, coquetean con el sexo y las drogas. Yo era consciente de que esto sucedía a mi alrededor. Oía cosas de los clubes y las inauguraciones de galerías, de conciertos y manifestaciones; veía las resacas, la misma ropa en el trabajo en días consecutivos, los besos en el metro y las lágrimas en la cafetería, pero tenía la sensación de estar observándolo todo a través de un vidrio templado. En concreto, pienso en el final de la década de los ochenta, una época que, a pesar de sus dificultades y convulsiones, pareció ser emocionante. Vimos caer muros —literal y figuradamente— y los rostros políticos comenzaron a cambiar. No lo llamaría ni una revolución ni un nuevo amanecer (había guerras en Europa y en Oriente Medio, además de disturbios y una gran agitación económica), pero al menos flotaba en el ambiente una sensación de cambio. Como si cualquier cosa fuera posible. Recuerdo leer, en los suplementos dominicales, una gran cantidad de artículos sobre el Segundo Verano del Amor. Si para el primero yo era demasiado pequeño, durante el segundo estaba terminando mi doctorado (sobre interacciones proteína-ARN y el plegamiento de proteínas durante la

traducción). «El único ácido en *esta casa*² —solía decir en el laboratorio— es el ácido desoxirribonucleico.» Fue una broma que nunca obtuvo el reconocimiento que se merecía.

Aun así, parecía claro que a finales de los ochenta estaban sucediendo cosas, si bien en otra parte y a otras personas, y yo me preguntaba si en mi vida también habría algún cambio y cómo podría conseguirlo.

6

Drosophila melanogaster

El Muro de Berlín todavía estaba en pie cuando me trasladé a Baltham. Con casi treinta años, era doctor en Bioquímica y vivía en un pequeño apartamento semiamueblado, cerca de la calle mayor, y por el que pagaba una altísima hipoteca. Estaba consumido por el trabajo y el patrimonio negativo. Me pasaba los días laborables y gran parte de los fines de semana estudiando la mosca de la fruta, la *Drosophila melanogaster*, para mi primera investigación posdoctoral; utilizaba mutágenos en pantallas de genética directa. Fue un tiempo apasionante en los estudios de la *Drosophila*, pues se desarrollaron las herramientas para leer y manipular los genomas de los organismos. Tanto profesional como personalmente, fue una época dorada.

Hoy en día, rara vez veo una mosca fuera de un cuenco de frutas. Ahora trabajo en el sector privado y comercial («la malvada empresa», lo llama mi hijo) como director de Investigación y

2. Juego de palabras intraducible entre *acid house* (nombre del subgénero de música *house* que ejerció de banda sonora durante el llamado Segundo Verano del Amor en el Reino Unido de 1988) y «ácido» y «casa», los respectivos significados de estas dos palabras. (*N. del t.*)

Desarrollo, un título algo pomposo, pero que significa que ya no experimento la libertad y la emoción de la ciencia elemental. Mi puesto es organizativo, estratégico..., palabras de ese tipo. Financiamos investigaciones universitarias para sacar el máximo provecho de la pericia, la innovación y el entusiasmo académicos. Hoy en día todo debe ser «traslacional»: ha de tener una aplicación práctica. Me gusta el trabajo, se me da bien y todavía visito laboratorios, pero ahora me encargo de coordinar y dirigir a gente más joven que hace el trabajo que yo hacía antes. No soy un monstruo corporativo; soy bueno en mi trabajo y me ha proporcionado éxito y seguridad. Pero no me emociona como lo hacía antes.

Porque trabajar todas esas horas con un pequeño grupo de gente entregada y apasionada *era* emocionante. Por aquel entonces, la ciencia me parecía apasionante, inspiradora e indispensable. Veinte años después, aquellos experimentos con la mosca de la fruta han conducido a innovaciones médicas inimaginables, pero entonces nos motivaba la mera curiosidad, casi una sensación de juego. Simplemente, resultaba enormemente *divertido*, y no sería una exageración decir que amaba el sujeto de mi investigación.

Eso no quiere decir que no implicara una gran cantidad de tareas mundanas: los ordenadores eran rudimentarios, parecidos a calculadoras poco manejables y bastante menos potentes que el teléfono que llevo en el bolsillo ahora mismo; y la introducción de datos era agotadora y laboriosa. Aunque la mosca de la fruta tiene muchas cosas a su favor como organismo con el que experimentar (fecundidad, un ciclo de reproducción corto, morfología distintiva), no se puede decir lo mismo sobre su personalidad. En el insectario del laboratorio guardábamos una mosca como mascota, que tenía incluso su propio recipiente especial, con una alfombra diminuta y muebles de una casita de muñecas. La reemplazábamos por otra cada vez que se moría. Aunque resulta difícil determinar el sexo de una mosca de la fruta, la llamábamos *Bruce*. Sirva de ejemplo arquetípico del «humor del bioquímico».

Estas pequeñas diversiones eran necesarias, pues anestesiar una población de *Drosophilas* y luego examinarlas una a una con un pincel fino y un microscopio, para buscar pequeños cambios en la pigmentación de los ojos o en la forma de las alas, resulta francamente tedioso. Viene a ser como embarcarse en un gigantesco rompecabezas. Al empezar, uno piensa que será divertido, y pone la radio y se prepara té, pero enseguida se da cuenta de que hay muchas piezas y de que casi todas ellas son del cielo.

Así pues, estaba demasiado cansado para ir a la fiesta que daba mi hermana aquel viernes por la noche. Y no sólo estaba agotado, sino que me sentía receloso por un buen puñado de razones.

7

La casamentera

Recelaba de la cocina de mi hermana, pues invariablemente consistía en pasta y queso barato, chamuscado en la superficie, y con atún de lata o grasienta carne picada por debajo de la corteza fundida. Y también porque las fiestas, y las cenas con amigos en particular, siempre me habían parecido una despiadada forma de combate de gladiadores, en la que los más ingeniosos, exitosos y atractivos obtenían coronas de laureles, y los cadáveres sangrientos de los fallecidos quedaban esparcidos por el suelo. La presión de tener que mostrar la mejor versión de uno mismo me paralizaba, y todavía lo hace. A pesar de ello, mi hermana insistía en empujarme a la arena una y otra vez.

—No puedes quedarte encerrado en casa el resto de tu vida, D.

—No estoy encerrado en casa, casi nunca estoy aquí...

—Sentado a solas en ese pozo de tristeza.

—No es un... Soy absolutamente feliz, Karen.

—¡No eres feliz! ¡Para nada! ¿Cómo vas a ser feliz, D.? ¡No eres feliz! ¡Ni hablar!

Y, efectivamente, antes de aquella noche de febrero yo no tenía demasiados motivos para estar alegre, ni razones para encender fuegos artificiales o alzar el puño en señal de victoria. Mis colegas me caían bien, y yo a ellos, pero, en general, me despedía del segurata Steve el sábado por la tarde y no volvía a abrir la boca hasta que mis labios se despegaban con un sonoro ¡pop! al darle los buenos días el lunes por la mañana. «¿Qué tal el fin de semana, Douglas?», preguntaba él. «Oh, tranquilo, muy tranquilo.» Aun así, estaba contento con mi trabajo, con el concurso de preguntas mensual del pub y con la pinta que tomaba con mis colegas el viernes por la noche. Y si ocasionalmente sospechaba que me faltaba algo, bueno... ¿acaso no le sucedía a todo el mundo?

A mi hermana no. A sus veintitantos, Karen era promiscua en sus amistades y solía salir con lo que mis padres denominaban «bohemos»: aspirantes a actores, dramaturgos y poetas, músicos, bailarines, gente joven glamurosa en pos de carreras poco prácticas. Se iba a dormir tarde y luego quedaba para largos y emocionales téis a cualquier hora del horario laboral. Para mi hermana, la vida era una fiesta y, por alguna razón, parecía divertirse exhibirme ante sus amigos más jóvenes. Le gustaba decir que yo me había saltado la juventud para ir directamente a la mediana edad, y que cuando estaba en el útero de nuestra madre ya tenía cuarenta y tres años. Y supongo que, efectivamente, nunca le pillé el truco a lo de ser joven. En ese caso, ¿por qué insistía tanto en que fuera a la cena?

—Porque habrá *chicas*...

—¿Chicas? Chicas... Sí, he oído hablar de ellas.

—Hay una en concreto...

—Ya sé lo que son las chicas, Karen. He conocido a algunas y he hablado con ellas.

—No como ésta, créeme.

Suspiré. Por alguna razón, «conseguirme una novia» se había convertido en una obsesión para Karen, y se entregaba a ello con una seductora mezcla de condescendencia y coacción.

—¿Es que quieres estar solo el resto de tu vida? ¿Es eso lo que quieres? ¿Eh? ¿Es lo que quieres?

—No tengo ninguna intención de estar solo el resto de mi vida.

—Entonces ¿dónde vas a encontrar a alguien, D.? ¿En tu armario? ¿Debajo del sofá? ¿Lo vas a crear en el laboratorio?

—No quiero volver a tener esta conversación.

—¡Sólo te estoy diciendo esto porque te *quiero*! —El amor era la excusa de Karen para cualquier comportamiento molesto—. Te pondré un plato en la mesa. Como no vengas, ¡arruinarás la velada! —Y, tras decir eso, colgó.

8

Plato de pasta gratinada con atún

De modo que aquella noche me encontraba en una pequeña cocina de un diminuto apartamento de Tooting junto con dieciséis personas más. Estábamos alrededor de una mesa con caballetes que cojeaba mientras el célebre plato de pasta gratinada humeaba en el centro, como un meteorito con olor a comida de gato chamuscada.

—¡Escuchadme todos! Éste es mi querido hermano, Douglas. ¡Sed buenos con él, es tímido! —A mi hermana le encantaba señalar a la gente tímida y exclamar: «¡TÍMIDO!».

«Hola», «Eh», «¿Qué tal, Douglas?», dijeron mis competidores, y me senté en una diminuta silla plegable, apretujado entre un hombre apuesto y peludo que llevaba unos leotardos negros y un chaleco de rayas, y una mujer extremadamente atractiva.

—Soy Connie —dijo ésta.

—Encantado de conocerte, Connie —contesté con exagerada formalidad, y así fue cómo conocí a mi esposa.

Permanecimos un rato sentados en silencio. Estuve a punto de preguntarle si me pasaba el plato de pasta, pero entonces me hubiera visto obligado a comerla, así que en vez de eso...

—¿A qué te dedicas, Connie?

—Buena pregunta —dijo ella, aunque no lo era—. Supongo que soy pintora. Al menos eso es lo que estudié, pero suena un poco pretencioso.

—Para nada —contesté, y pensé: «Oh, Dios mío, una artista».

Si hubiera dicho «bióloga celular», hubiera tenido tema de conversación para toda la noche, pero rara vez conocía a gente así, y, desde luego, nunca en casa de mi hermana. Una *artista*. No era que yo odiara el arte, para nada, pero me desagradaba no saber nada al respecto.

—Entonces ¿acuarelas u óleos?

Ella se rio.

—Es un poco más complicado que eso.

—¡Eh, yo también soy artista! —dijo el apuesto hombre que estaba sentado a mi izquierda, apartándome con el hombro—. ¡Un artista del *trapecio*!

Después de eso, no hablé mucho más. Jake, el hombre del chaleco y los leotardos, era un artista de circo que amaba más su trabajo que a sí mismo. ¿Cómo podía competir con un hombre cuya profesión consistía en desafiar las leyes de la gravedad? Así pues, permanecí sentado en silencio, mirando a Connie con el rabillo del ojo y haciendo las siguientes observaciones.